

resistir nuestra lucha. No os separeis por Dios esta noche de mí; poneos entre él y yo.

—Descuidad, hija mia, descuidad, aunque no son necesarias esas prevenciones: sufrís, lucháis, pero teneis fuerzas para el sufrimiento, para la lucha: sois una gran mujer, un gran corazón.

—Me protege Dios.

—Pues contad con que Dios siempre os protegerá, porque Dios protege siempre la virtud.

VII.

En aquel momento llegó Damian que venia de parté de la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara.

Traía en las manos un pequeño cofrecillo de hierro y oro.

Se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Señor infante, tengo que decir á vuesa merced algunas palabras.

Zayda Fatima, que conocia demasiado á Damian, porque le habia llevado y traído muchas cartas de la Palomilla, se impacientó, pero disimuló su impaciencia.

Se apartó á un lado con el paje, y este la dijo:

—Mi señora me envia á vuesa merced con este cofre, y porque ya está levantado todo para la marcha y no tiene comodidad de escribir, me ha mandado diga á vuesa merced de palabra lo que hubiera podido decirle por escrito.

—Y bien, dijo Zayda Fatima afectando cortesmente una galantería á que estaba muy poco dispuesta: hablad, que yo oiré con mucho gusto lo que me digais de parte de vuestra señora.

—Pues mi señora dice que sabe muy bien que esta noche nos saldrán al camino de Palencia el infante don Juan, que se llama rey de Leon, y el infante don Alfonso, que se llama rey de Castilla, con muchas y muy buenas lanzas y gente brava de Aragon, Navarra y Cataluña.

—Bien; los venceremos, contando con Dios y nuestro derecho, contestó Zayda Fatima.

—Así lo espera mi señora, dijo Damian; pero como habrá gran peligro, mi señora quiere preservaros de él, y os envia un tesoro; esto es, dos huesos del dedo pequeño de la mano de Santa Eulalia dentro de un relicario, y un paño empapado con las lágrimas de la Santa, que bien se conoce es una reliquia, por el suavísimo olor que tiene. Poneos ese relicario al cuello y sobre el corazón el paño, y nada temais, saldreis del peligro, no solo ileso, sino vencedor.

—Dad á vuestra señora las gracias por el cuidado que de mí tiene, y tomad vos para memoria mia.

Y Zayda Fatima se quitó del cuello la cadena de caballero que llevaba, que era de grandes eslabones de oro macizo, y la dió á Damian, que se lo agradeció mucho: y dejando el cofrecillo á Zayda Fatima, se alejó.

—¡Oh, qué equivocacion esta de doña Juana Nuñez! ¡y que por amor á la reina haya de alentar yo estos amores!

Y como Zayda Fatima era piadosa, y como la casa de Lara era muy rica y muy antigua, y tenia fama de poseer entre sus riquezas reliquias de santos, y como Zayda Fatima sabia que doña Juana, creyéndola hombre, la adoraba, se metió en su tienda, que aún no estaba abatida del todo, haciendo decir, ó mas bien murmurar á Zancudo, que habia estado observando:

—Paréceme que, si no es hablador el Zurdo y su licor tiene la virtud que él dice, doña Juana Nuñez ha cazado ya su pájaro: es posible que haya tambien matado á su rata.

VIII.

Entre tanto, Zayda Fatima se ponía en su tienda el relicario al cuello, y sobre el corazón el paño empapado, segun decian, con las lágrimas de Santa Eulalia.

En efecto, el paño olia de una manera suavísima, y como

Zayda Fatima, á pesar de lo brava, era muy dama, aspiró con cierta fruicion aquella fragancia deliciosa.

IX.

Despues salió, y como viese que el incendio de las bárracas de su campo avanzaba y que empezaban á incendiarse las bárracas del campo real, mandó que sus trompas tocasen á cabalgar y batiesen marcha: y cabalgando los ginetes y formándose estos y los peones, salió y se colocó en órden cerrado en el espacio que se estendia entre su campo y el campo real.

X.

Zayda Fatima dió cuenta al conde don Lope del presente que le habia hecho doña Juana Nuñez.

—¡Oh, pues os ha dado un tesoro inestimable! dijo el conde: esa mujer está loca por vos: allá, en otro tiempo, oí hablar mucho á don Juan Nuñez de Lara, el viejo, de esas reliquias de Santa Eulalia, dadas por un Papa á uno de los de la casa de Lara, que habia estado en la conquista del Santo Sepulcro, en recompensa de sus hazañas.

—¿Y qué creéis, don Lope, de lo que dicen, que han de salir á atajarnos esta noche los infantes don Juan y don Alfonso con sus gentes y con lanzas de Aragon, Navarra y Cataluña?

—Digo, que cuando lo dice doña Juana Nuñez, y siendo un traidor tal su marido, podrá ser cierto; pero dígoos tambien, que con la gente que llevamos, y yendo con nosotros don Alfonso Perez de Guzman, me dan poco cuidado los infantes.

—¿Y no creéis que debia darse cuenta á la reina?

—No: podrá no acontecer, y bueno es ahorrar de cuidados á

su señoría: basta con que lo sepa don Alfonso Perez para que se aperciba y ponga la gente en buen órden, á fin de no ser sorprendidos: estas precauciones no implican cuidado, porque el buen capitán, mientras va por tierra enemiga, debe ir siempre apercebido al combate. ¿Y qué uso habeis hecho de esas reliquias?

—Las llevo sobre mí, no para que me defiendan del enemigo armado, sino de otro enemigo mayor, de mi corazon y de don Alfonso Perez.

—¡Ah, desdichada amiga mia! exclamó conmovido el conde.

En esto, llegaron las últimas acémilas y las máquinas é ingenios que habian quedado en el campo á la salida de la compañía, y como se oyese el toque de marcha á lo lejos, en el campo real, la compañía franca se puso en movimiento.

A poco, habiendo dado órden Zayda Fatima á Zancudo de que tomase el mando de la compañía, se destacó con cien lanzas, y acompañada del conde don Lope, avanzó rápidamente, llegó al ejército real y á la litera de la reina, con la que habló algunas palabras, continuando desde allí en la guarda del rey y de la reina.

Otras cien lanzas gruesas completaban aquella guardia real por decirlo así.

Al frente de ella, sobre un fuerte corcel, iba un caballero armado de todas armas, con rica sobrevesta y rico plumaje en el almete.

Aquel caballero era moreno, grave, hermoso, y ya de edad granada; era Guzman el Bueno.

Empezaba á oscurecer.

Acercósele el conde don Lope, y le dijo:

—Salud al buen alcaide de Tarifa.

—Salud, señor Sin nombre, contestó Guzman el Bueno reconociendo por lo que se le conocia al conde don Lope, á la neutra luz del crepúsculo: á lo que parece, hacemos juntos la jornada, y me complazco de ello, porque sois muy honrados los capitanes de los Hermanos de la Selva.

Y Guzman el Bueno suspiró.

Esto, para el conde don Lope, fué una demostracion de que Guzman habia conocido á Zayda Fatima.

—Vengo á daros un aviso importante, dijo el conde.

—Hablad, señor mio, contestó Guzman el Bueno.

—Nos ha llegado á mi compañero y á mí un espía, y nos ha dicho que los infantes don Juan y don Alfonso, con grande y brava hueste, han de salirnos esta noche al camino.

—¡Pardiez! exclamó Guzman, y cómo se conoce que entre nosotros anda ese mal amañador de infante don Enrique: si la reina mi señora no fuera tan blanda de entrañas, escusaríamos muchos y graves inconvenientes; pero me parece que Dios suple por lo que la reina no hace: gran trabajo se le ha venido encima, y sin saber cómo, á don Enrique el Senador.

—¿Y qué ha sido ello?

—¡Qué ha de haber sido! Que en el momento de marchar, y estando hablando con la reina, el infante don Enrique dió una gran voz, y empezó á disparatar, que ponía espanto, y luego, cayó redondo al suelo, y hánle metido en una litera, y los físicos don Abraham y don Kag se vuelven locos, sin acertar lo que el infante tiene, y auguran muy mal de su vida.

—Dios, siempre Dios, exclamó el conde don Lope.

La verdad era que, habiendo ido antes de partir á saludar á su esposa el infante don Enrique, doña Juana habia estado muy amable con él, y le habia festejado, dándole á beber una gran copa de vino caliente enmelado para fortificarle, á causa de sus años, para la fatiga de la jornada.

XI.

Guzman el Bueno, atendido el aviso del conde don Lope, mandó á sus trompas tocasen alto.

Hízolo todo el ejército, y Guzman el Bueno, á pretesto de

prevencion, puso la hueste en situacion de entablar con ventaja un combate en el momento que se le presentase.

A vanguardia iba la compañía franca de los Hermanos de la Selva; á retaguardia, las lanzas y los vasallos de Alfonso Perez de Guzman, gente dura y de confianza.

Al uno y al otro flanco del ejército, grandes mangas de ballestería aguerrida en las fronteras de Granada.